

hasta perderse fuera de la localidad, recogiendo las aguas de los distintos regueros del pueblo que iban a morir en él.

La presa, o más bien el espacio a ambos lados de ella, se había convertido en uno de los grandes vertederos de la villa, siendo un lugar infectado de ratas, por lo que al menos una vez al año se procedía a la quema del basurero para eliminar los desechos y luchar en buena medida contra el aumento de la población de estos dañinos roedores, que allí campaban a sus anchas. Este lugar era conocido como Detrás de las Huertas, llamado así, como su nombre claramente indica, por la existencia en su tiempo de pequeñas granjas o huertas entre la vieja carretera y la actual de doble calzada, dividida por el hoy bautizado popularmente como Paseo del Colesterol, que precisamente ocupa el corazón del tramo del arroyo denominado entonces Arroyo de Detrás de las Huertas.

En dicho encuentro bélico el principal armamento a emplear serían los troncos del tabaco que los cultivadores, una vez separadas las hojas para su secado, solían tirar en esta zona, cerca del olivar existente entonces en la margen derecha del arroyo. Uno de los secaderos de donde procedían los troncos era el situado en la calle de Correas, en el edificio conocido como Casa de Correas, una construcción de ladrillo y tapial de dos plantas y un torreón de tres cuerpos – aún existente, aunque remozado y adaptado para vivienda – que albergaba un molino de aceite. Durante la época de recogida de la aceituna y su proceso de molienda o molturación en el molino, corría continuamente por el reguero el alpechín o zangua, como se llama aquí, que escapaba de la almazara, dejando por todo el barrio su olor fuerte y específico. Pero además de su función de almazara en los meses de invierno, las dos plantas superiores del torreón solían convertirse en la época otoñal en secadero de tabaco.

Esta vez se había convenido que en el enfrentamiento también podrían emplearse como munición los terrones que en abundancia se encontraban en el olivar en cuestión, siempre y cuando no sobrepasaran un determinado tamaño.

Cuando llegaron al lugar, encontraron al bando rival construyendo su parapeto defensivo de ramo-

nes, maderas, cartones y otros materiales que tenían al alcance. Rápidamente lanzaron una ojeada de reconocimiento al grupo contrario y vieron, sin temor a equivocarse, que eran al menos doce los componentes allí reunidos, lo cual suponía una superioridad de fuerzas, pues su cuadrilla estaba compuesta por su hermano Julián, erigido de forma natural, por ser

el mayor de todos, en jefe del grupo, Daniel, Julio, Bernardo, Cacú, Pedrín, Pablo, Cecilio, Quico y él, lo que hacían un número de diez; aunque parecía no importarles esa desventaja en la cantidad de efectivos, ya que estaban seguros que lo suplirían con una mayor entrega y denuedo a la hora del combate. Con presteza se pusieron a construir también su parapeto con cajas de cartón y otros



materiales de desecho que pudieron recoger de entre el amontonamiento de basura. Clavaron en el suelo, un poco más blando que de costumbre debido a la tenue lluvia que había caído por la noche, una hilera de palos encontrados entre los desperdicios y los troncos de tabaco más gruesos y apoyaron sobre ellos todos los materiales que les parecían más idóneos para crear la barrera, sujetándolos en su parte inferior con piedras, terrones grandes y objetos pesados.

Al llegar la hora acordada se vio que aún no habían terminado de preparar su bastión defensivo, por lo que Julián se dirigió al otro grupo: «*No es justo, vosotros habéis tenido más tiempo para preparar vuestro fuerte*». E insistió para que se prorrogase media hora más el comienzo de la contienda, cosa que, aunque de mala gana, aceptó la cuadrilla rival.

Cuando pareció cumplirse el nuevo término convenido, Viriato voceó desde su posición que ya había pasado esa media hora.

Pablo, que era el único de la panda que gastaba reloj, y que se lo había guardado en un bolsillo del pantalón envuelto cuidadosamente en un pañuelo para evitar perderlo o que el golpe de alguno de los objetos lanzados lo pudiera romper, lo que le acarrearía una buena bronca en casa, repuso que según su reloj aún faltaban cinco minutos.

- Pues el mío marca las seis y media y es un Festina, y no esa mierda de reloj que tienes que te lo habrán regalado con las fundas del chocolate le replicó Viriato.

No se atrevió Pablo a rebatir el argumento del jefe